

RESEÑA

CRISTÓBAL MACÍAS VILLALOBOS

M^a JOSÉ ORMAZABAL SEVINÉ

Universidad de Málaga

cmacias@uma.es

FERNANDO LILLO REDONET, *Gladiadores. Mito y realidad*, Evohé, Madrid, 2011, 131 págs. [ISBN: 978-84-15415-00-8]

En el imaginario popular, hablar de los *ludi* romanos supone referirse a las carreras de carros en el circo (*ludi circenses*) y, sobre todo, a los combates de gladiadores en el anfiteatro (*ludi gladiatorii*). Por una vez, la imagen estereotipada de la Antigüedad que tiene el público actual y que nos transmiten el cine, la televisión y las novelas históricas coincide básicamente con la realidad, pues durante gran parte de la historia de Roma esos espectáculos, junto con el teatro (*ludi scaenici*), llenaron los momentos de ocio del público romano.

Sin embargo, si descendemos a los detalles que los actuales *mass media* transmiten del desarrollo de esos espectáculos, en particular de los combates de gladiadores, la situación es muy diferente. Pues muy raramente se respeta la veracidad histórica, la que hemos sido capaces de reconstruir a través del análisis de los testimonios literarios y de las fuentes epigráficas. En efecto, ni coinciden los tipos de armas que empleaban las distintas clases de combatientes (*armaturae*) ni el modo de luchar ni, por supuesto, la tópica efusión de sangre y la muerte del luchador vencido, al menos durante la época más brillante de la historia de estos espectáculos (hasta el siglo III d. C.).

Pues bien, con el decidido objetivo de actualizar lo que los estudiosos modernos han sido capaces de averiguar de la organización y desarrollo de los combates gladiatorios y, sobre todo, con la intención de desterrar muchos de los mitos y errores que aún persisten sobre tales *ludi*, el profesor Lillo Redonet nos presenta en *Gladiadores. Mito y realidad* una sugerente puesta al día del tema, que abarca todos los aspectos del mismo, apoyada en un importante y atractivo aparato gráfico (págs. 49-68), del cual forman

parte las reproducciones de los distintos tipos de gladiadores, obra de Sandra Delgado, que ayudará al público lector a hacerse una buena idea de sus rasgos, que el autor ha ido explicando en detalle en las páginas precedentes.

Para organizar el material de forma clara, el profesor Lillo Redonet ha optado, creemos que acertadamente, por establecer una estructura tripartita, estudiando primero todo lo concerniente a lo anterior al espectáculo (págs. 9-41), al espectáculo en sí (págs. 43-98) y al impacto del mismo (págs. 99-127). Cierra el libro una bibliografía (págs. 129-131), concisa pero suficiente, dividida en las fuentes epigráficas utilizadas y en la literatura secundaria actual sobre el tema.

La primera parte se extiende en tratar cuestiones como el propio origen de los *ludi gladiatorii* y el reclutamiento, la existencia de distintos tipos de escuelas para la formación de los gladiadores profesionales, los miembros que conformaban la *familia gladiatoria* y sus relaciones, los distintos tipos de *armaturae* y el período en que cada uno fue más popular y la organización y costes de estos espectáculos.

La segunda se centra en explicar no sólo el escenario de los juegos, el anfiteatro, sino sobre todo el desarrollo de los mismos. Pues el lector ha de saber que los combates de gladiadores formaban parte de un programa de actos más amplios que cubría el día entero a lo largo de varios días: a saber, por la mañana, cacerías; al mediodía, ejecuciones de criminales; y, por la tarde, el combate de gladiadores propiamente dicho. Trata también, de modo más breve, la suerte del gladiador vencedor y vencido y su retiro, además de hablar de otro espectáculo más raro pero no por ello menos espectacular, las naumaquias.

Por fin, la tercera parte se centra en demostrar la popularidad de las luchas gladiatorias, que llevaba no sólo a que los luchadores más experimentados tuvieran auténticos fans y fueran objeto de deseo por parte del público femenino, sino a que se formaran auténticas «peñas», como la de los *scutarii*, partidarios de los luchadores que llevaban el escudo más grande y pesado, frente a los *parmularii*, que hacían lo propio con los luchadores que llevaban la *parma*, el escudo pequeño y muy convexo, y a que hubiera incluso emperadores que, llevados por un afán desmedido rayano ya en la locura, prefirieran el espectáculo del anfiteatro a las labores del gobierno imperial.

Esta última parte se cierra, como no podía ser de otro modo en uno de nuestros mejores especialistas en el uso didáctico del cine de romanos, con un análisis de las películas de este género que presentan en su desarrollo escenas de lucha de gladiadores, llegándose a la conclusión de que la in-

mensa mayoría se toma excesivas libertades con el tratamiento de un tema que conocemos con cierto detalle gracias a las fuentes documentales.

Vamos a detenernos ahora brevemente en aquellos puntos de la exposición de Lillo Redonet que, quizás, más puedan sorprender al lector no especialista (y que sirven para reivindicar su deseo de acabar con los mitos populares que rodean a este tipo de *ludus*).

Respecto a su origen, el autor sigue la tesis, ya tradicional, del origen funerario de la lucha entre gladiadores: en honor de un difunto ilustre se organiza un combate hasta la muerte entre varios luchadores como un modo de reemplazar un sacrificio humano anterior. Este tipo de ritual, que pudo entrar en Roma bien a través de los campanos o de los etruscos, se convirtió poco a poco en mero espectáculo que la clase gobernante o un personaje preeminente ofrecía a la comunidad a modo de regalo para afianzar su prestigio y ganarse el favor popular. En la época imperial, cuando el principal organizador de los juegos era el emperador, el anfiteatro se convirtió en uno de los principales espacios de relación entre el emperador y los súbditos, y en el escaparate preferido del prestigio y el poder de Roma.

En cuanto a la extracción social de los luchadores, al comienzo de la historia de los juegos la mayoría serían prisioneros de guerra, aunque también hubo esclavos e incluso hombres libres (los *auctorati*), que perdían la mayoría de sus derechos cívicos mientras ejercían esta «profesión». Pero quizás lo que más pueda sorprender al lector es que tenemos constancia de la existencia de un cierto número de mujeres gladiadoras, algunas de ellas de condición social noble, que recibían el mismo entrenamiento que sus correspondientes masculinos.

Los gladiadores formados en una misma escuela constituían una *familia gladiatoria* y en los espectáculos luchaban unos contra otros dentro de la misma *familia*, o bien con miembros de otras familias, incluso en los combates a muerte. Los gastos del funeral y los monumentos funerarios solían ser sufragados por los integrantes de la *familia*. Precisamente son los epitafios de los gladiadores muertos una de nuestras principales fuentes de información sobre el tema, como nos hace ver el autor a menudo. Parece seguro que la mujer (*contubernalis*) y los hijos del gladiador convivían con él en la escuela o *ludus*, y no era raro que cuando éste moría, de ellos se hiciera cargo otro compañero.

Frente a la imagen que tenemos de sangrientos combates a muerte, la propia protección que llevaban los gladiadores parece ir en la línea de que lo que se buscaba era la rendición del oponente, dejando en manos del público y del organizador de los juegos su perdón o *missio*, algo que ocurría muy a menudo, sobre todo cuando el luchador había demostrado va-

lor o cuando se trataba de un gladiador muy popular, al que, vencido, se premiaba su trayectoria de triunfos perdonándole la vida.

En la historia de las distintas *armaturae*, lo que el profesor Lillo Redonet deja bien establecido es que hay dos momentos claros: antes de Augusto los combatientes llevaban el armamento habitual en los pueblos enemigos de Roma (samnitas, galos y tracios), mientras que a partir de Augusto se definieron unos tipos muy concretos, iguales prácticamente para todo el Imperio.

De las distintas especialidades, la de los *provocatores* no intervenía en combates reales, sino en la *prolusio* (las luchas preliminares antes del combate propiamente dicho); la de los *equites* debía ser rara por su coste, pues implicaba mantener también al caballo; la del mirmilón, básicamente defensiva, formó pareja habitual en los *ludis* con el tipo del tracio, más ofensivo; *reciario* y *secutor* fueron otra de las parejas de combatientes más esperados por el público, sobre todo a partir del siglo II d. C.

En cuanto a la organización del espectáculo, y sobre todo su coste, el encargado del mismo podía no comprar sino alquilar a un *lanista* (el dueño de la escuela) las parejas de combatientes que fuera a necesitar. Según una tabla encontrada en Itálica, redactada a finales del reinado de Marco Aurelio, los precios de los gladiadores se establecían en base a cinco categorías, y por los cálculos de algún autor, parece que un día de juegos en Roma no bajaba de doscientos mil sestercios, siendo bastante inferior en provincias.

Aunque los primeros combates de gladiadores tuvieron lugar en el Foro Boario, su escenario habitual era el anfiteatro, el más conocido de cuales fue el Coliseo, construido en la época Flavia en Roma. El programa de cada espectáculo debía detallarse en un *libellus munerarius*, y, como ya se ha dicho, se dejaba el espectáculo de gladiadores para la tarde. De este programa, la nobleza, por lo que sabemos por las fuentes literarias, disfrutaba más de la lucha entre pares de gladiadores, mientras que la plebe también admiraba los de la mañana, que más que espectáculos eran auténticas carnicerías. En efecto, eran tantos los miles de animales sacrificados en las *venationes* que especies enteras desaparecieron de muchos lugares del Imperio por la caza excesiva (pág. 71).

Según el autor, el anfiteatro «no solo era un sitio de diversión, sino que era el lugar donde se escenificaba el poder de la civilización sobre la barbarie» (pág. 69). En efecto, las fieras traídas de los lugares más apartados y luego sacrificadas demostrarían el poder de Roma sobre el mundo natural; el sacrificio de los peores criminales en la arena reforzaría la tranquilidad del ciudadano frente a los que quebrantaban la ley romana, garantizada por tan expeditivos métodos.

Un aspecto que a menudo se olvida es que los gladiadores, como hombres que salían a jugarse la vida, debían acogerse a la protección de alguna deidad. La más popular era Némesis, como diosa de la fortuna y la venganza, a la cual se le levantaban altares en los mismos anfiteatros; sin olvidar otras como Venus, como diosa de la fortuna; Hércules, como deidad de la fuerza y el valor; o Marte, como dios de la guerra. Entre los *venatores* la deidad más admirada era Diana, la diosa de la caza.

Uno de los grandes mitos del *ludus gladiatorius* es el supuesto saludo que los gladiadores pronunciarían ante el emperador antes de combatir: «¡Ave César, los que van a morir te saludan!» (pág. 81). Según Lillo Redonet, dado que la fuente de esta noticia es Suetonio, que la refiere a unos prisioneros condenados a participar en una naumaquia ante Claudio, es poco probable que la pronunciaran auténticos gladiadores.

Pocos lectores se imaginarían que en el desarrollo de la lucha intervenirían tanto árbitros como músicos, estos últimos con instrumentos muy diversos, con los cuales se marcarían los distintos tiempos del combate.

Otro de los grandes mitos que aquí se desmienten es que lo habitual, al menos hasta el siglo III d. C., fuera la muerte del gladiador vencido. En primer lugar, Augusto, cuya legislación tanto influyó en el desarrollo de los *ludi*, prohibió los juegos *sine missione*. Por cálculos hechos modernamente, las posibilidades de morir en combate eran de una sobre diez. Además, los gladiadores sólo realizaban una media de tres o cuatro combates con armas reales al año. Y un gladiador, cuanto más veterano fuera, más posibilidades tenía de sobrevivir, no sólo por la experiencia, sino porque por su popularidad el público tendería a perdonarle la vida en caso de ser derrotado (pág. 88).

Otro aspecto que se desmitifica es el famoso *pollice verso* (el pulgar invertido hacia abajo) como signo de muerte del gladiador. El origen del error estaría en el cuadro de Jean-Léon Gérôme del mismo título, donde el gladiador vencedor dirige su mirada a una tribuna con vírgenes vestales que muestran sus pulgares hacia abajo como señal de muerte para el vencido (pág. 91). En realidad parece que el *pollex versus* lo que indicaba era el pulgar extendido hacia un cierto lugar, en concreto hacia el gladiador vencido o hacia el pecho de uno mismo. Tal postura indicaría, efectivamente, la muerte del vencido. La expresión contraria sería el *pollex pressus*, el pulgar metido dentro de la mano. Una buena reproducción de ambas posturas, más una tercera de sentido poco claro, puede verse en la pág. 66.

El gladiador vencedor recibía la palma de la victoria, con la que daba la vuelta a la arena agitándola. Asimismo, después de un combate glorioso o cuando el gladiador sumaba ya una notable carrera de victorias, se le podía conceder la libertad, normalmente a petición de los hijos o del pú-

blico asistente. Su liberación se simbolizaba por la entrega de la *rudis*, una espada de madera o una vara.

Una vez alejados de la arena, pocos gladiadores solían disfrutar de un retiro dorado. La mayoría debía contratarse como escoltas armados de hombres adinerados o de los propios emperadores, pues les estaba prohibida la profesión de soldado.

Otro de los mitos que desmonta Fernando Lillo es que el fin del combate de gladiadores se debiera a la oposición de los cristianos. Evidentemente, algo debió influir tal oposición, pero, como explica el autor, tal desaparición fue gradual, ya a partir del siglo IV, y debió deberse a factores tan diversos como la crisis económica, el hecho de que los espectáculos fueran cada vez más sangrientos y a que perdieran lentamente el favor popular que se decantó cada vez más hacia el circo y las representaciones teatrales.

He aquí algunas de las cuestiones que Lillo Redonet matiza respecto a los *ludi gladiatorii*. Al terminar la lectura de este libro ameno —ameno no sólo por el tema sino porque está bien escrito—, el lector moderno, cada vez menos acostumbrado a los espectáculos en vivo en donde se ejerce violencia sobre otro ser, hombre o animal, se queda con la sensación extraña de que una civilización como la romana, que fue capaz de las mayores realizaciones materiales y espirituales, encontrara tan inusitado placer en la lucha a muerte (o no) de dos seres humanos o en el sacrificio masivo de otros hombres o de animales salvajes. Parece que los intelectuales romanos rechazaron los dos últimos tipos de espectáculos por ser meras efusiones de sangre sin otro valor que la mera crueldad, mientras que en la lucha gladiatoria profesional veían la encarnación de un gran número de virtudes por ellos muy estimadas como el valor, la firmeza, la capacidad de sufrimiento o el amor a la gloria (pág. 115), por lo que los aprobaban por servir para la edificación moral.

Evidentemente, eran otros tiempos y otras circunstancias, y como conocedores y admiradores de lo clásico tenemos que evitar los prejuicios provenientes de nuestros valores actuales y admitir que en nuestro objeto de culto existen estos claroscuros, cuyo conocimiento no debemos evitar, sino, al contrario, afrontar con la mayor exactitud que la reconstrucción histórica haga posible, objetivo éste al que trabajos como el del profesor Lillo Redonet contribuyen sobremanera.